

Prólogo al *dossier*:
**Teopoética y literatura. Literatura, mito y teología: una mirada entre
el siglo XII y nuestros días**

Mariano Carou*
Universidad del Salvador

Thomas Mann, hacia el final de su vida, publicó la novela *El elegido (Der Erwählte)*, en la que, desde un registro un tanto paródico, habla sobre la elección de un papa de nombre Gregorio (*Grigors*), cuya historia está marcada por el incesto, la noción de pecado y la penitencia. La trama está basada en *Gregorius, oder Der gute Sünder (Gregorio o el buen pecador)*, el *roman* de inspiración artúrica de Hartmann von Aue escrito a fines del siglo XII. Este texto, a su vez, se origina en una versión francesa anterior de autor desconocido, y se sabe que el material básico de la leyenda fue posteriormente recogido en el siglo XV en la *Gesta Romanorum*. Publicada en 1951, la novela de Mann, se hace eco, a su vez, de las teorías de Freud, y transforma a ese lejano antepasado literario en una relectura polifónica de los mitos de Edipo, Narciso y Cristo. Dicho de otro modo: estamos ante un texto medieval, de fuerte contenido teológico, abordado por varios autores y tradiciones, que, ocho siglos después de ser fijado por escrito, se convierte, gracias a la pluma magistral de un Premio Nobel, en una novela no exenta de humor acerca del papado y de la forma en que elegimos a nuestros líderes, una obra pasible de ser leída desde

***Mariano Carou** es doctor en Letras (USAL) y magíster en Literatura Comparada y Crítica Cultural (Universitat de València). Además es especialista en el diálogo entre Literatura y Teología. Ha participado de numerosos congresos en la Argentina y el extranjero, y ha publicado artículos en revistas especializadas.

coordinadas ya no solo teológicas, sino también mitológicas —como la mayor parte de la obra de Mann— y psicoanalíticas. Traemos a colación estos movimientos de avance y retroceso en el tiempo, así como estas transtextualidades a fin de preguntarnos por la compleja conformación de textos literarios que muestran un considerable trabajo de palimpsesto. Se nos preguntará que relación guarda todo esto con el *dossier* que tenemos entre manos; la respuesta será el objeto de las páginas que siguen.

Al presentar los escritos aquí reunidos, sin ánimo de establecer una mirada anacrónica, procederemos como señala Curtius en *Literatura europea y Edad Media latina*. Ante la novedad que representaban en aquella época las fotografías aéreas, el crítico alemán destaca su valor panorámico ya que, “colocados a ras del suelo frente a un montón de ruinas, no podemos ver ese panorama completo que la fotografía aérea nos revela” (Curtius, 1998, p. 12). De más está decir que nos encontramos lejos de considerar como ruinas los textos aquí estudiados; en todo caso, somos conscientes de que su rescate, en una época en la que todo parece fugaz, resulta una empresa ardua y de mérito notable. Pasemos entonces a distinguir y reconocer los cuatro artículos que conforman esta fotografía panorámica.

Las investigaciones que integran este corpus tienen un primer punto de evidente parentesco: todas las fuentes estudiadas datan del siglo XII. Eso constituye, *per se*, una coincidencia sincrónica desde la cual es factible admitir estos escritos y justificar su inclusión en esta publicación. Sin embargo, creemos que hay muchas otras perspectivas posibles, y la que elegimos aquí, si bien no descarta, desde ya, el elemento histórico, está más orientada a una preocupación común a los cuatro artículos: la conformación de los textos como operación literaria. De estos trabajos, dos tienen una preocupación estrictamente poética, y los otros dos, teopoética. Con “teopoética”, término propuesto por Stanley Hopper hace más de cincuenta años y desarrollado posteriormente por otros

autores, indicamos en principio dos cosas, que son anverso y reverso de la misma hoja: por un lado, la aplicación a los textos literarios de ciertos criterios que permitan una lectura trascendente; por el otro lado, la observación de en qué medida la Literatura puede convertirse en un *locus theologicus*, es decir, un lugar en el que la Teología puede nutrirse para renovar su reflexión y su discurso. Centrarnos en los aspectos lingüísticos, por otra parte, resulta pertinente en este momento, dado que en nuestros tiempos podemos mirar con mayor equilibrio las cuestiones que dividieron las aguas en el siglo XX entre formalistas y estructuralistas, por un lado, con los cultores de cualquier tipo de hermenéutica, por el otro.

En el primero de los artículos, “Bernardo predica acerca de María”, el profesor McGinn hace un recorrido de los escritos que Bernardo de Claraval dedica a la figura de la Madre de Dios. El panorama trazado sorprende por lo preciso y por lo equilibrado. Más allá de situar en su justo lugar el real alcance de estos textos, notamos también que su análisis exhibe una enorme actualidad por varios motivos. El primero, por centrarse en las peculiaridades retóricas del *Doctor Melifluus*, tales como llamar “sermones” a textos que de suyo no lo son, o las características de la *laudatio* como género, o la cuádruple distinción entre sendas formas de retórica: *admiratio*, *imitatio*, *participatio*, *impetratio*. El autor presenta a estas últimas no como meros dispositivos discursivos, sino como herramientas lingüísticas para provocar en el creyente un seguimiento sincero y una adhesión vital. En cierta medida, podemos relacionar la finalidad práctica de estos escritos, cuyo norte es la *metanoia*, con un concepto mucho más contemporáneo: el de *opera aperta*. En efecto, la premisa para ambos es que un texto, en sí mismo, no agota su sentido; lo que cambia es la forma en que este se consuma. Si para Eco el lector completa el significado de la obra desde su óptica interpretativa, para Bernardo lo hace al dar pleno cumplimiento, en un plano axiológico y concreto, a la finalidad para la que fueron escritos,

por medio de la *participatio* y la *imitatio*. Para ello, es necesario que el autor sepa adecuar la forma literaria al propósito, como ocurre con la *petitio/impetratio*. Asimismo, Mc Ginn destaca que el lector moderno, que se mueve con traducciones, no puede captar en plenitud las sutilezas y los juegos de lenguaje del abad de Claraval, solo apreciables en latín. Sostiene que “el estilo no lo es todo; pero es mucho. Bernardo, sin embargo, habría insistido en que lo esencial es el mensaje”.

El segundo artículo es el de Santiago Disalvo y lleva por título “*Tu a saeculis praelecta: mariología poética en algunas sequentiae de Adam de Saint-Victor*”. El trabajo se centra en la figura de este monje, tanto en el contenido teológico de sus composiciones poético-musicales, como en el examen de algunas formas poéticas en las que se destaca, como es el caso de las secuencias, formas que, como el autor recuerda, continúan teniendo vigencia en la liturgia. Si, como dijimos, el interés de estos dos primeros artículos estaba centrado en lo teopoético, el mismo autor se encarga de confirmar nuestro punto de vista: por un lado, al remitir para su análisis a un clásico de la crítica literaria como Auerbach, cuyo estudio de Saint-Victor resulta esclarecedor por el recurso de la *typologia* o *figura*; por el otro, destaca que la perfección no es solamente formal, sino “prácticamente insuperable en ritmo, plasticidad y encadenamiento de significados”. Es, por lo tanto, el propio Disalvo quien rescata los elementos retóricos, y su mutua imbricación con el contenido que busca transmitir. De modo similar procede al analizar el origen de las prosas contenidas en los Aleluyas¹. Al igual que en el texto de Mc Ginn, la forma estética y el contenido teológico dialogan, se interpelan y se enriquecen mutuamente.

¹ Resulta llamativo que desde ámbitos diversos estos procedimientos hayan vuelto a utilizarse en obras tan disímiles como *Demian*, de Hermann Hesse, que utiliza la prefiguración tipológica de raíz bíblica, o que la música litúrgica de Taizé, en pleno siglo XXI, siga produciendo nuevos aleluyas con el mismo recurso de la prosificación centrada en la última sílaba, tanto en latín como en eslavo litúrgico.

Pasamos a continuación a dos artículos que muestran una preocupación estrictamente poética, y ya no teopoética. Ambos textos están dedicados a una de las más grandes historias de amor todos los tiempos: la de Tristán e Iseo. El primero de ellos — tercero en el corpus total del *dossier*— es un trabajo de Susana Artal: “Tristán e Iseo, de la antigua Bretaña al Río de la Plata”. En él, la autora presenta un rastreo exhaustivo de las ediciones locales de esta leyenda medieval, que configuraron la aproximación y el goce tanto del lector como del melómano, ambos nutridos desde Europa por textos escritos y por la célebre ópera de Wagner. Pero lo más original no es el fenómeno de la recepción, sino la producción de hipertextos rioplatenses, entre los que destaca los relatos de Horacio Quiroga y Marco Denevi. Nos resulta digno de mención por dos motivos: el primero, porque, parafraseando a Calvino, toda reescritura de un clásico hace refulgir su polisemia, invitándonos a ver en él una y otra vez todas las riquezas novedosas que tiene para mostrar ya no solamente desde la lectura; el segundo motivo, porque, al abordarlo desde una perspectiva contemporánea, surge la propuesta de confrontar los textos medievales con la evolución lógica que han experimentado los géneros literarios y sus correspondientes subgéneros, en una progresión que parece no tener límites.

Por último, tenemos el estudio de Lidia Amor: “Y en el principio fue la leyenda. Tristán e Iseo en la cultura literaria medieval”. En él, la autora señala una preocupación poética evidente, ya que analiza las evoluciones y transformaciones que esta historia fue experimentando a lo largo de los siglos, en particular en lo referido a *La muerte del rey Arturo*, de Malory. Pero no se agotan ahí las implicancias referidas a la crítica filológica: cuando afirma que “Lancelot comprende [...] que el discurso de la literatura cortés es de naturaleza simbólica y que, en consecuencia, sus promesas de muerte no existen fuera del lenguaje”, Amor pone al texto bajo la mirada de la teoría de los actos de habla de Austin y Searle. Otro tanto ocurre cuando se pregunta acerca de la conciencia que tenía el

auditorio medieval “de la existencia de géneros y si discernía componentes fijos que permitieran vincular el texto con un género específico”. Resulta claro que esta perspectiva nos invita a renovar la mirada ante la evolución de un fenómeno antiguo pero siempre nuevo: las creaciones literarias transmiten algo a sus receptores originales, y las sucesivas relecturas, afectadas por el paso del tiempo, abrigan un crecimiento en la conciencia y en el disfrute de los nuevos lectores, así como en su pregnancia y su capacidad expresiva. Por poner un ejemplo, ya sea a través del texto original o de la versión de Malory, August von Platen escribe su poema “Tristán”, que influirá decisivamente en Thomas Mann al momento de escribir *La muerte en Venecia (Der Tod in Venedig)* y su relato corto también llamado “Tristán”.

Volvemos de esta manera al punto de partida. En el primer párrafo hicimos referencia al autor de *La montaña mágica*, y ahora cerramos con él, ya que en muchas de sus obras ejemplifica los modos que describen, anticipan y posibilitan los autores y los textos de los que hablan estos artículos. Mann rescata tópicos, valores y modos de narrar que provienen de un mundo lejano, amigablemente inhóspito, cercano en su lejanía. Con ese material elabora sus relatos, tanto en lo temático como en lo estrictamente narrativo, y lo actualiza. Vimos cómo lo hace en *El elegido* con mitos medievales y antiguos; pero también procede así con los textos aquí aludidos, tanto en su cuento “Tristán” como en *La muerte en Venecia*, al transformar al Tristán mítico en un Aschenbach en retirada, y a Iseo en esa Belleza inalcanzable personificada en Tadzio, que a su vez es Hermes y es Apolo. Otro tanto podemos decir de la operación discursiva que subyace a *Doktor Faustus*, actualizando el mito de Fausto en la Alemania nazi; o en *José y sus hermanos*, a partir del texto bíblico; y podríamos seguir. En todo los casos, el autor alemán se apropia de lo poético y lo teopoético y lo hace refulgir en creaciones novedosas, que nos resultan extrañamente familiares a pesar —o quizás por causa— de su raigambre mítica. Acaso

al proceder así cumpla con aquella premisa borgiana de que, en definitiva, siempre contamos cuatro historias: la de una defensa, la de un regreso, la de una búsqueda y la del sacrificio de un dios. “Durante el tiempo que nos queda seguiremos narrándolas, transformadas” (Borges, 2010, p. 742). A su manera, los cuatro textos aquí reunidos también refieren búsquedas, defensas, regresos y sacrificios. Es por eso que nos invitan a revalorizar el pasado, a comprender nuestro presente y a descubrir nuevas claves para avizorar el futuro.

Referencias bibliográficas

Borges, J. L. (2010). *Obras completas*, tomo II. Buenos Aires: Emecé.

Curtius, E. (1998). *Literatura europea y edad media latina*. México DF: FCE.